

PENSAMIENTO COLONIAL

Bernabé NAVARRO

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA y del pensamiento mexicano ha seguido caminos muy especiales, marcados por circunstancias muchas veces externas. Don Emeterio Valverde y Téllez, por ejemplo, a quien debe considerarse como el primer historiador de nuestra filosofía, y como el primero que tuvo conciencia de la necesidad de historiarla, quiso destacar en el pasado, desde el punto de vista católico y escolástico, los valores de aquella filosofía que él, personalmente, sustentaba, tocando sólo de paso y por necesidad apologética las corrientes opuestas. Con esto queremos decir que su actitud significaba una limitación, y entrañaba una manera particular de ver las cosas. Por el contrario, otro escritor, aunque sacerdote, lo único que parece pretender es rechazar y despreciar la filosofía colonial, movido en gran parte por un antihispanismo exagerado y por un desconocimiento gratuito. En este autor, don Agustín Rivera, la actitud lleva consigo una deformación de los hechos, aparte de que su obra es sólo una acumulación de documentos, no obstante prometer en su título una *Historia de la filosofía en la Nueva España*.

En tiempos más recientes, la reflexión sobre nuestro pasado filosófico ha sido conducida por mentes de actitud amplia, abierta a las diversas ideologías y movimientos. En este plano deben colocarse las investigaciones del Dr. Gabriel Méndez Plancarte, del Dr. Samuel Ramos, del Dr. José Gaos, sus discípulos y otras personas. De esos estudios, unos han sido de iniciativa privada, otros los han promovido instituciones beneméritas como El Colegio de México o la Universidad Nacional. Y creemos que sólo hasta la quinta década de este siglo, según los estudios señalados, se manifiesta una conciencia plena y organizada para historiar nuestro pensamiento filosófico. Siguiendo tal dirección, El Colegio de México dedicó a varios de sus investigadores al estudio de la cultura colonial, y principalmente del pensamiento filosófico en el siglo XVIII a través del seminario que dirige el Dr. Gaos sobre "Historia del pen-

samiento en los países de lengua española". De ahí han salido ya muy buenas monografías sobre ese siglo, las cuales han hecho verdaderos descubrimientos en lo que se refiere, sobre todo, al contacto entre el escolasticismo colonial y la filosofía moderna. Razones especiales llevaron al estudio de ese siglo, sobre todo la importancia de las ideas modernas y eclécticas que se vislumbraban en sus pensadores más ilustres, así como el alto nivel de la creación cultural de los jesuitas desterrados a Italia en el 67. Pero no se pasó a investigar el pensamiento filosófico de los siglos xvii y xvi. Fuera de aquellas instituciones, el Dr. Oswaldo Robles se ha ocupado de fray Alonso de la Vera Cruz y de otros pensadores del xvi.

Dentro de la Universidad Nacional, el Centro de Estudios Filosóficos ha seguido más recientemente esa misma idea, emprendiendo una serie de investigaciones sobre el pensamiento mexicano, en especial filosófico, como un homenaje en la celebración del Cuarto Centenario de la Universidad Mexicana. Esta serie de investigaciones comprende, entre otros, los siguientes títulos (o temas de las no publicadas): *La idea del descubrimiento de América*, *El pensamiento mexicano en los siglos xvi y xvii*, *La filosofía en México en el siglo xviii*, *La filosofía en México en el siglo xix*, y *La filosofía en México en el siglo xx*.

Nos vamos a ocupar en esta nota de la segunda de esas obras, encargada al Dr. José M^a Gallegos Rocafull. A este ilustre pensador cupo la feliz suerte, envidiable para muchos, de haber acometido con entereza y haber logrado en forma extraordinaria *el primer estudio sistemático del pensamiento colonial mexicano de los siglos xvi y xvii*. Con entereza y aun con audacia diríamos, porque el cúmulo de obras y documentos —gran parte manuscritos, la mayoría en latín— que se ofrecen al investigador, son para desalentar a cualquiera. Por otra parte, casi no existen estudios al respecto, en particular monográficos, que sean la base de una sistematización. Puede decirse que el investigador en este campo no tiene sino los indicios generalísimos de las bibliografías, o las indicaciones negativas de los huecos en las obras existentes; pero muchas veces esto no proporciona ninguna ayuda, y lo único que queda es echarse a las bibliotecas y archivos para desentrañar de sus catálogos, pésimos a menudo, las noticias necesarias, o para

tomarlas de primerísima mano recorriendo libro por libro los polvosos anaqueles. Estudios parecidos al presente nos han hecho experimentar lo que decimos, sobre todo en lo que se refiere a la filosofía y a la teología, temas que abarcan casi la mitad de la presente obra. En filosofía, puede decirse que, excepto la parte relativa a fray Alonso de la Vera Cruz, todo lo demás en el libro es fundamentalmente estudio personal. En teología, de manera semejante, excepto fray Juan de Zumárraga, don Vasco de Quiroga, fray Bartolomé de las Casas y el mismo fray Alonso en parte, todos los otros temas y autores fueron investigados por propia cuenta. Esta circunstancia es una de las que hacen más valiosa la obra.

Si desde el punto de vista externo ése es el mayor mérito, internamente, para nosotros, su más alto valor está en la sistematización lograda. Primero, por la visión que nos ofrece de la más alta cultura en la época —visión unitaria y articulada, como era el espíritu que la unía—; segundo, y, quizá lo principal, por la síntesis que en los tres primeros capítulos se nos ofrece del pensamiento y la historia de los problemas en torno al hombre mexicano y americano: problemas antropológicos, religiosos, jurídicos y socio-políticos. Todo lo escrito al respecto, tanto lo hecho sobre México como lo realizado acerca de España, lo investigado allá y aquí y en todo el mundo, lo vemos por primera vez reducido a un haz donde convergen los distintos aspectos y se justiprecian las opuestas actitudes, de modo que comprendemos como en una mirada cuanto se relaciona con el indio mexicano: lo que le pasaba y sufría, lo que le negaban y lo que le concedían, lo que decían de él y lo que le hacían, su defensa y su destrucción, su elevación y su degradación, su pasividad y su casi nula actividad, etc. Nosotros dividiríamos la obra en dos partes: una ésta, y la otra donde se estudia ya la cultura mexicana propiamente dicha. En la primera ha tenido que ponerse mucha historia de hechos, porque era necesario desentrañar las ideas de entre las luchas violentas, de las polémicas encarnizadas, de los sufrimientos padecidos. Había, por decir así, que elevar a categoría de pensamiento las pasiones desbordantes y los reclamos enardecidos, las arengas belicosas y los sermones terribles. Sobre todo esto se hace destacar el pensamiento sereno, aunque vigoroso, de Vitoria y sus discípulos en México y en España.

Aquí encontramos también, quizá en mayor grado que en el resto del libro, la amplitud de miras del historiador moderno, y la altura o trascendencia del pensador. Al juzgar los bandos, no se liga a ninguno de ellos, aunque sí muestra su simpatía por el que defiende la libertad, como lo haría todo espíritu recto de nuestro tiempo; mas el juicio de las cosas siempre podrá hacerlo por sí el lector. Como español, destaca la obra de España, sobre todo en la cultura, pero no llega a ser un hispanista exagerado, que pase por alto o justifique los yerros cometidos; considera valiosa y fecunda la idea general que movió la conquista, la colonización y "culturalización", pero reconoce las contradicciones concretas y particulares que hicieron tanto mal al indio y a su cultura original. Como profundo filósofo de la historia y como pensador católico abierto, mira las cosas alta y serenamente, destacando y distinguiendo su valor objetivo, si lo tienen, o la función histórica y sentido para la época, sin embarazarse imprudentemente con nexos confesionales o devociones personales. Como hombre formado en la escolástica, la conoce a fondo, tanto aquella que podríamos llamar universal, como la española, en especial de los siglos xvi y xvii; pero tal conocimiento, precisamente, lo hace separar lo vivo y lo muerto de la escolástica —y de la escolástica en México—, y reconocer los gravísimos defectos que tuvo, sobre todo en el xvii, tanto internamente como en las direcciones marcadas para la teología y para toda la formación cultural. Todas estas cualidades y cada una por su propia cuenta, hacían que el maestro Rocafull fuera considerado (entre otros por los dirigentes de las investigaciones) como la persona más apta para llevar a cabo el estudio del pensamiento mexicano en esa época. Que él cumplió con la confianza depositada, no sólo lo muestra su obra, sino también su trabajo, serio, continuo y ejemplar, durante varios años (nosotros lo vimos y a muchas personas consta), así como su vasta preparación y documentación histórica —tan necesaria sobre todo en los tres primeros capítulos—, de que puede dar idea la bibliografía.

En lo que se refiere a la temática del libro, no creemos que falte ningún punto importante, sobre todo en la primera parte (los tres primeros capítulos); en relación con la segunda, ya diremos algo al referirnos a la parte filosófica. Lo único

que nos pareció observar en esa primera parte es cierta repetición de un tema —aunque quizá enfocado desde ángulo distinto— entre el párrafo octavo del primer capítulo y los tres últimos del tercero, acerca del régimen y situación en que debían estar los indios.

Entrando en la segunda parte (caps. iv, v y vi), diremos que en el capítulo “Corrientes renacentistas en México” se hallan algunas noticias nuevas, junto con las ya conocidas, y se destacan con nitidez las características y los matices que reviste en cada uno de los pensadores el humanismo. Puede considerarse este capítulo como el panorama más completo —no precisamente literario— que tenemos sobre el humanismo y los estudios humanísticos en el siglo xvi.

La parte dedicada a la teología es, sin duda, la más original y novedosa; es, que nosotros sepamos, el primer estudio de conjunto sobre las doctrinas teológicas en México. De algunos autores ya se tenía conocimiento, otros han sido descubiertos por el autor o estudiados por primera vez desde el punto de vista teológico, como creemos pasa con fray Alonso de la Vera Cruz, de quien se dan a conocer obras manuscritas ignoradas por todos. Esto mismo se hace respecto de otros muchos escritores, cuyas doctrinas son conocidas por primera vez después de varios siglos de olvido. La visión se completa con las doctrinas de teología moral, ascética y mística. Nos parece un acierto la manera como se muestran las conexiones y derivaciones entre la teología y la filosofía y otras ciencias, con lo cual aparece el estudio del pensamiento teológico incorporado a la visión cultural de la época, y no aislado, como un saber esotérico y de otro mundo.

Del capítulo último, dedicado a la filosofía, debemos decir lo mismo: es la primera síntesis y la primera visión de toda la filosofía colonial en los siglos xvi y xvii; síntesis documentada rigurosamente y estudiada en forma monográfica casi en su totalidad; visión que no ignoró ni olvidó nada de lo que, según los más recientes estudios bibliográficos y según las más completas pesquisas personales, debía saberse. En este campo había antes algunas monografías cortas y limitadas, y algún ensayo de conjunto más limitado todavía y deficiente a nuestro parecer (el *Ambiente filosófico de la Nueva España* de David Mayagoitia, México, 1945). El presente es el mejor estudio

que existe al respecto y el más completo. Constituye, en el libro que reseñamos, el capítulo más extenso: 128 páginas (269-397). De la investigación en la Biblioteca Nacional y en su sección de manuscritos, han salido aquí a la luz muchos filósofos y muchas obras antes completamente desconocidos, sobre todo del siglo xvii. Señalemos los más importantes: P. Antonio Arias, P. Alfonso Guerrero, P. Agustín Sierra, P. Diego Marín de Alcázar, fray Juan de Rueda. A los filósofos más importantes, fray Alonso de la Vera Cruz y el P. Antonio Rubio, se consagran estudios relativamente extensos (22 y 18 págs.). El dedicado a este último es muy notable, tanto por la importancia que cobra en él este filósofo, como porque sus doctrinas no eran conocidas de manera directa, o lo eran de manera parcial. Es un acierto, también, estudiar no sólo a los filósofos importantes, con sus obras y doctrinas, sino también a los simples profesores de filosofía (artes), las actividades filosóficas en la Universidad y en los colegios y órdenes religiosas, los métodos de enseñanza, el ambiente, etc.

El estudio de las ideas se ha hecho, sobre todo, en forma objetiva, es decir, describiendo o exponiendo las doctrinas o tesis que sustentaban y las opiniones que rechazaban. También se coloca a los filósofos en alguna de las direcciones generales de la filosofía escolástica, como la tomista, la suareciana, la escotista, etc. Se indica, además, si siguen la corriente restaurada y remozada de la nueva escolástica, o si se han quedado rezagados en los defectos y errores de la antigua. Sin embargo, nosotros hubiéramos deseado una consideración más histórica, es decir, que se situara a los autores, además, dentro de la evolución histórica, principalmente, por ejemplo, de las doctrinas científicas, respecto de las cuales es muy necesario resaltar si las empiezan a admitir o si siguen ideas de muchos siglos atrás. Porque creemos que es más importante —para una visión amplia y trascendente— considerar la evolución de la escolástica no sólo dentro de sí misma, sino más bien hacia fuera, frente a las otras doctrinas y, sobre todo, ante la ciencia moderna que por esa época empieza a desarrollarse. Pensamos que tal punto de referencia es el criterio más sólido para apreciar su valor o su falta de valor frente a todo el pensamiento moderno. No negamos que el autor hace indicaciones desde ese punto de vista; pero las creemos insuficientes. Un caso

concreto: fray Alonso afirma en dos ocasiones seguir como fuente fundamental a Titelmann, de modo que, estudiando a este autor, se podría situar a fray Alonso de una manera más justa dentro del pensamiento o filosofía europea, mejor que viendo sus fuentes españolas. ¿Quién era Titelmann? ¿Por qué lo prefirió fray Alonso? No se nos dice nada al respecto. Debemos confesar que la "localización" de estos filósofos dentro de la evolución de las doctrinas científicas es difícilísima en nuestro medio. Otras veces, la exposición de las tesis u opiniones de los filósofos ha quedado confusa, porque al presentarlas el investigador en la forma problemática peculiar de la escolástica ("Si tal cosa. . ."; "Si es verdad que. . ."), no sabemos cuál fué la respuesta o solución con sólo el enunciado de la pregunta; nos enteramos, sí, de los temas que interesaban, pero no de cómo los resolvían.